

Estimados antiguos colegas:

No se trata sino de darle algo de calor a los recuerdos del Colegio, a ver si así se apuntan los remisos en blanco del listado de Tobi. De modo que, humildemente, marchando una crónica de remembranzas de aquel tiempo. El mío. De paso, alguna anécdota cogida al lance. Y es que, curiosamente, de las cuarenta promociones que el año venidero habrán pasado por la rampa del aparcamiento, hay una, la del setenta y ocho, que se fraguó en circunstancias especiales. Concluido por ley el antiguo Bachillerato, la promoción siguiente haría el BUP, es decir, los nacidos en el sesenta y uno. Prolongaban así, un año más, la estancia en el colegio o instituto. La Facultad tenía que esperarlos, aún, un curso. De forma que aquel otoño de referéndum por la Constitución Española sólo accedió a la Universidad el mal estudiante, el rezagado de COU, el atrancado en Selectividad. En otras palabras y usando el símil taurino, una cierta tropa desecho de tiente y cerrado. Ahora le llaman limpieza de corrales. Horda variopinta, heredera de tropezones anteriores que tal vez, sin necesidad de que ahondáramos mucho en su subconsciente, no aceptaba que el objetivo esencial de la etapa universitaria fuera el estudio. No lo había sido antes. Había excepciones en la hornada que desembarcó por aquellos días en el Colegio Mayor, pero se cuentan con los dedos de una mano y sobra alguno. Repetidores ya rancios en colegios de mano dura, rebotados de internados o de una primera matrícula en la Universidad con mucha más pena que gloria. Eso sí, lo que no sabían de disciplina y asignaturas escolares, lo habían aprendido en la ciencia de la calle. Como suele decirse, alguno de aquellos novatos tenía "más tiros daos que la bandera del Tercio". Despreocupados, tarambanas, saltaban de rama en rama como un pájaro adolescente. El expediente académico no les causaba insomnio.

Desde mediados de septiembre habían ido llegando al Colegio. A algunos que lo hicieron a la hora de los grillos, Luís, vigilante de noche y antiguo guardia civil, les advirtió de las novatadas. De lo fastidioso de los veteranos en aquella costumbre inveterada y aquel año en pleno hervor. En la confortable habitación -individual en el masculino- con manta de cuadros rojos y negros sobre la cama, hallaron en la estantería un libro -

detalle bien intencionado de la cultura que se les pretendía transmitir- que apenas ninguno leyó: "Ayer y hoy Córdoba siempre". Los días siguientes lo pasaron, digamos, descubriendo y tomando con cautela posesión del nuevo ecosistema, al decir de un biólogo. En él tendrían que desenvolverse un año entero. Haciéndose un sitio en un hervidero de gente, entre nueva y veterana, que a la postre compondrían la muy extensa y bien avenida familia -con excepciones- de un curso que comenzaba. La novedad de las circunstancias situaban muy lejos de los neófitos -física pero, además, mentalmente- a la familia de sangre de cada uno. Allá en su tierra natal. Desde las Islas Canarias al Principado de Asturias. Que de todo había.

Y era que de las tres carreras principales: Agrónomos, Medicina y la Veterinaria, a las que habría que añadir también ETEA, la primera de ellas era la más sombría para el novicio. De esta promoción cuyo historial no era de tirar cohetes, una buena camada, confiada e inexplicablemente, se matriculó en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Agrónomos. Primer curso, cinco lobitos tiene la loba: Cálculo, Álgebra, Física, Química y Dibujo. Así de sencillo. La primera mañana, sin presentaciones, se vieron sentados en un aula de atmósfera glacial -y no por el frío reinante- de un horrendo y gris edificio cilíndrico. Si Platero se diría todo de algodón, este era todo de hormigón. Entró el catedrático de Cálculo Infinitesimal, D. Andrés Valdelomar de Prado, estirado, áspero, tan adusto que pareciera que masticaba un limón. Sin prolegómenos de ningún tipo empezó a llenar la pizarra de aplicaciones logarítmicas, de ecuaciones trigonométricas, de funciones algebraicas. Antes de que la tiza se consumiera, el terror ya se había apoderado de los allí presentes. De pronto, uno, del que no diré el nombre se levantó y se fue. Valdelomar, de espaldas, absorto en su trabajo, seguía atiborrando de expresiones matemáticas la pizarra. Suerte que no lo vio. Supe luego que ese estudiante pidió la baja en el Colegio Mayor esa misma mañana, lió el petate y se marchó enseguida de Córdoba. Algunos cuentan que huyó incluso de Andalucía. Otros que hasta de España. La cándida ilusión que como flamantes ingenieros agrónomos se habían hecho los miembros de aquella promoción había quedado hecha trizas cuando Valdelomar dio por terminada la clase de

Cálculo. Infinitesimal. Para la mayoría, empezaba otra vida. Es obvio decir que fuera de la escuela.

Y así llegó el día de San Rafael, con el desfile, que daba el punto y final a las novatadas que unos capearon mejor que otros. Un, dos, tres, cuatro, queremos sangre de novato, gritaban los veteranos. Y al resistente a la peladura del cogote, con la tonadilla del "Adiós amigos, good bye, my friend", le bramaban "que se pele, se pele, se pele/ que se pele de una puta vez/ que se pele, se pele, se pele/ o se vaya para no volver". Y el comedor -un coro de amenazas- puesto en pie de guerra. Sonaban como una jauría los cubiertos golpeando los vasos. Como en el soneto de Lope, quien lo probó, lo sabe. Y no era amor precisamente. La fiesta posterior suponía la puesta de largo de los noveles. Mayoría de edad que tras el ambiente novedoso, desconcertante de primeros de curso, permitía obtener el status que la sociedad colegial otorgaba a cada uno según su personalidad. Empezaba el novato a mirar de igual a igual al veterano. Sin cortapisas. Luego, con la entrada del otoño, fueron cayendo las hojas de los plátanos de indias que, aún pequeños, sombreaban la entrada. Y el color siena puso en el paisaje del Colegio un acorde lánguido, tristón, que la jovialidad diaria se encargaba de rebatir. Y los principiantes fueron conociendo -como los cachorros que por su cuenta empiezan a explorar los alrededores de la madriguera- la discoteca Saint Cyr junto a Las Tendillas, el bar Granito en El Brillante, el Mezquita de los boquerones en vinagre o la taberna Rafael -Rafaá en acento indígena- de los primeros escarceos etílicos por la Judería. O alguna juerga de tasca en tasca con El Cordobés en persona sufragando con largueza los gastos de la pandilla. Más cercano, el Parque Cruz Conde. El barrio, en la jerga común. La expansión natural del colegial de a pie, el no motorizado, la inmensa mayoría. Y allí el disco pub Pablo's, estrecho como un tubo, pero lugar de cita y conversación nocturna, vivísima, con tanto que contar y oír. Aguadero de noctámbulos a la caza de compañía. Gintonic de efecto delicioso y trago adolescente en la penumbra clandestina de un pub, buscando la estrella de adulto en la bocamanga.

Y llegó la Fiesta de Todos los Santos y los colegiales que -salvo los de Sevilla capital y cercanías de Córdoba- no habían vuelto a casa desde el

comienzo de curso, regresaron ya con la ropa del invierno. La difícil comunicación por tren o coche en aquel entonces obligaba a permanecer en el Colegio largas temporadas sin vuelta al domicilio. De modo que, casi por obligación, se reforzaban las amistades que, espontáneas, ya habían surgido. El permiso del puente había obrado la metamorfosis indumentaria. Parecían otros, las camisas de verano habían cedido el sitio a los chalecos de gruesa lana. Aparecieron las primeras chamarretas. Y es aquí cuando rompe en escena el protagonista de nuestra pequeña historia, un novato de algún lugar de la provincia de Huelva al que apodaremos -se dice el milagro, pero no el santo- El Conquero. Estudiante de Agrónomos, moreno, anchote, velludo hasta los pómulos, había marchado el puente a su lugar de origen cercano a la Onuba de los Tartessos. Trenes de innumerables apeaderos, autobuses lentos como tortugas por carreteras estrechas. La casa familiar al final del viaje. Como en el caso de tantos otros imagino la conversación con los progenitores en esos días de asueto: *Sí, el Colegio bien, pero las novatadas muy puñeteras. Maldita la gracia que tienen algunos. Al final te acostumbras y pasas de todo. Sí, la comida aceptable, la habitación estupenda, individual con el cuarto de baño dentro. Hay gente de muchas partes, incluso del Norte. Las clases en la Escuela, difíciles, el nivel muy alto, me hará falta un profesor particular, pero, eso sí, voy a clase a diario y llevo los apuntes al día. Hasta diciembre no tengo exámenes.* Comentarios siempre calmantes para unos padres que esperaban a viva voz las primeras noticias del hijo pródigo. Ya casi un hombre o casi una mujer. Y digo lo de mujer por extensión, no porque el Conquero fuese de vena distraída. Que no lo era. Estaban en la rampa cuando le vieron llegar. Maleta en mano ya de vuelta de la breve vacación. Vestía pantalón de pana campera, botos de Valverde recién estrenados y un chaquetón grande, de piel nuevecita y rojiza tan forrada de lana blanca que más parecía que llevara en las solapas al borreguito de Norit. En los setenta, era esta chamarra prenda común entre el personal digamos de izquierda y gente contestataria -se decía así- tirando a progre. Sin embargo, con total evidencia, el Conquero era ajeno a esta corriente de ideas avanzadas. No había más que verlo. Venía de esta guisa porque sencillamente pensaba que el invierno en Córdoba era frío. Incluso muy frío. No había reparado en la traza de pastor que las ropas le conferían.

Alguien con guasa zumbona, le hizo una sutil observación: *Conquero, ¿dónde te has dejao las ovejas y el perro?* Y el Conquero, a bote pronto, disparó un cartuchazo de pura gramática parda -de pueblo sí, tonto no- y respondió: *Las ovejas en la sierra pero el perro se lo he dejao a la puta de tu hermana pa que se entretenga con él.* Es obvio que se andaba aún lejos del nivel intelectual de un Eton o un Cambridge, aunque voluntad no faltaba por parte de la Dirección. En cualquier caso, la cuadrilla que sentó sus reales en el Colegio por aquellas calendas no los echaba en falta.

Y fue que continuaron los días de vino y rosas con la tropa como cigarras cantando a la juventud en aquella secuencia de actividades que como una catarata se llevaban el día por delante. El comedor -Castillo de Almodovar como un mural de fondo los días claros-, silencioso al desayuno y jaleoso al almuerzo. La cafetería como ágora o plaza pública donde los cafés y licores animaban la sobremesa. Quince calas una caña; cuarenta un cubata. No se cabía en la barra. La biblioteca no como lectura, sino como enredo, ¡quién se iba a quedar en la habitación! Cine los miércoles por la noche -sin que se entendieran apenas ciertas películas con mensaje-: *Las amargas lágrimas de Petra Von Kant.* ¡Vaya castaña! *¡Más destape y menos política!*, vociferaban. Y los del aula de cine, de no oculta tendencia filo marxista, les ponían cara de desprecio y los miraban como a bestias groseras. Pero eran ellos los caducos de un tiempo fenecido: el de la contestación política de los últimos años de Franco. Ahora tocaba beber, o vivir, el champán de la libertad de costumbres ya sin corcho en el gollete. La noche sin horas en el reloj. La falda ya sin cuadros escoceses de colegio. Y se reían más que nadie. Cháchara en el cuarto que terciase esa noche, prolongada hasta las tantas, telera de pan y lata de atún. Conversaciones mundanas. Lo humano en sus complejas derivadas -como no, las de índole sexual- se imponía a lo divino por goleada. Incluso a lo político y a las cosas de España, tan candentes y dramáticas esos meses, esos años. A las que, bien o mal hecho, poníamos en un plano secundario. Otros ya habían conocido lo que era un perol. Y cómo se dejaba caer el frío cordobés de la sierra en cuanto el sol, entre encinas, se tapaba en el horizonte al caer la tarde otoñal. El Conquero, previsor, ya andaba preparado para los futuros hielos.

Algunos sábados fiesta colegial y concurrencia -no muy numerosa- de cierta sociedad cordobesa. Estaba de moda, pero el Colegio para los colegiales. Las niñas se arreglaban con un toque especial, por eso de gustar o de gustarse. Ellos no tanto. Fiesta tutelada por las fuerzas de orden locales que, al final, no podían evitar algún desparrame que otro. Entraba en el guión y la sangre no llegaba nunca al río de lo tumultuario. Discos de vinilo que suenan junto a la cocina en un comedor convertido en pista con sillas alrededor. Timideces imberbes en lucha con la querencia de la sangre. Que tanto tira. Y la ginebra ganando la batalla al sentido del ridículo, a la inexperiencia. Se desboca el baile al sonar "I will survive". Danzan, danzan, malditos, los imitadores de Travolta una noche de sábado y fiebre adolescente. De pronto, repentina, como un hechizo, la música lenta acaricia los oídos. Brazos al cuello, manos en la cintura agarrando -a veces- una ilusión apasionada, una quimera sentimental. Otras, dejando al puro instinto suelto de la brida. Quizás un fifty fifty, mitad dulce, mitad seco, como aquellos vinos de la Sociedad de Plateros para estudiantes de corto peculio. Ellos. Amor efusivo o efusión amorosa. Tanto da. A esa edad todo se confunde. O no. Y en la penumbra de la pista, los dedos dejaban atrás la cintura y se enlazaban -cuando podían- en la espalda femenina con el anzuelo de una frase al oído entre osada y divertida. Mejor lo último. Cuello y mejillas bañados en sudor de baile. Y en puro estrechamiento, el pecho sentía el roce sensual de las dos palomas que bullían tras los botones abrochados de la blusa. Y tocaban el "Killing me softly" de Roberta Flack o el "You've got a friend" de Carole King. O picaban el "Stay" de Jackson Browne y el jardín, noche de gatos pardos, era testigo cómplice de los esparcimientos -por decirlo de algún modo- propios de la adolescencia. La magia del primer amor consiste en la ignorancia de que pueda tener fin. Dijo Disraeli. Pues eso.

Pero llegó diciembre, y el fatídico parcial de Cálculo llamó a la puerta. El desconcierto se apoderó de aquella caterva ociosa. *¿Quién tiene apuntes? ¿Quién sabe el temario? Quedan sólo tres días.* Alguien informó de que el Conquero hacía ya un par de semanas que se había retirado de la vida pública, encerrado en su habitación de la cuarta planta, concentrado en el parcial. *Está empollao*, dijo otro. *Tiene exámenes de tres años atrás. Vamos a verlo.* Subieron tres o cuatro a la habitación.

Llamaron. Se oyó un ruido como de alpargatas perezosas que se arrastrasen por el suelo y el Conquero abrió la puerta de un cuarto sólo iluminado por el flexo. Llevaba un pijama verde oscuro. La tarde soleada de diciembre no filtraba su luz en el aposento del onubense. Ciertamente, esa oscuridad como de crepúsculo adelantado, denotaba su grado de concentración. *¿Qué queréis? Venimos a pedirte apuntes, problemas, échanos un cable, Conquero, que quedan tres días y todo el mundo sabe que tú lo llevas bien preparao ¿qué puede caer?* El Conquero los miró con cara de sorpresa. *Pero ¿no os habéis enterao? Yo ya no estoy preparando Cálculo. No me presento. No lo llevo como a mí me gusta. ¿Y entonces que estás estudiando?*, preguntaron sorprendidos. *Ahora estoy ya con el parcial de Física. Dejadme, que estoy concentrado.* Y se fueron.

Avanzó diciembre con resultado deplorable para los que osaron presentarse al ominoso parcial. El resto hizo mutis por el foro y a otra cosa mariposa que la vida son tres días. Por ese tiempo era ya la cafetería un animado club social donde discurría gran parte del día y de la noche. En Saint Cyr sonaba Barry Manilow y su "Love is in the air". Pedían un sanfrancisco a un camarero de pajarita las más recatadas -las que no subían aún el escalón de la copa larga- y la calderilla ¡qué tiempos! alcanzaba para un cubalibre. La vida parecía -lo era- maravillosa. La tenebrosa Escuela de Agrónomos quedaba lejos, difusa. Mientras tanto la figura cachazuda del Conquero sólo aparecía por el comedor. *Estaba concentrado*, decían.

Y llegaron los días previos a la Navidad, se engalanó un abeto y un regusto entrañable se fue apoderando del Colegio, viviendo de antemano las fiestas que se acercaban, las vacaciones. Pero había un escollo: El parcial de Física ya en puertas. De nuevo acudieron a pedir socorro al Conquero y volvieron a oírse las pantuflas como serpientes fatigadas. Se entreabrió la puerta y se hizo presente el sempiterno pijama verde oscuro. A lo mejor todos sus pijamas eran de ese color. ¡Quién sabe! *Conquero, pásanos algo de Física que nos queremos presentar como sea. Dicen que de todo el Colegio tú eres el que mejor lo lleva. Échanos una mano, hombre.* Y entonces contestó -quizás con un punto menos de convicción que la vez anterior- que él ya no estaba preparando el parcial de Física.

Acababa de dejarlo porque no lo llevaba lo bien que había que llevarlo, como le gustaba a él, a pesar del prolongado retiro. Y entonces -preguntaron- *¿qué estas estudiando ahora? Pues ya estoy liado con el siguiente después de las Pascuas, el de Álgebra. Bueno, pues nada, Conquero, que tengas suerte,* le dijeron. *Tiempo vas a tener, desde luego.* Alguien comentó: *Y este tío, en el cuarto a oscuras con el flexo, todo el santo día en pijama ¿qué carajo hace? ¿vosotros creéis que estudia?* Y hubo una respuesta tan soez aludiendo a cierto desahogo fisiológico, placentero, que no opino elegante reproducirla en estas líneas.

Y pasó el parcial de Física y en las Pascuas, en tantos domicilios de la vieja piel de toro sonó el teléfono de las felicitaciones desde sitios lejanos. Amistades ya afianzadas. Y las ganas enormes de volverse a encontrar en unos días. Y regresaron a Córdoba. Y con ellos, el Conquero. El frío de enero se hizo cuesta arriba para algunos -muy pocos- que traían en la garganta la saudade de la patria chica. Quizás al que más le costó cambiar el sol de las Afortunadas por la escarcha de la ciudad califal en invierno fue a Marcos Barrera Chinaea, canario de La Gomera, alias el Guanche. Pómulos salientes, pelo crespo, voz de silbo, genuino representante de la estirpe de Taoro. Dicen que los isleños tienen un sentimiento tan arraigado de pertenencia a su isla que se sienten como deportados si no están en ella. Y esa sensación de exilio fue anidando en su mente insular en aquellos días. No así en la del resto de sus compañeros geográficos, para los que Córdoba distaba mucho de ser un destierro. En cualquier caso, dorado.

De las Navidades llegó el personal con la vista puesta en los parciales inmediatos. Cuesta de enero dolorosa. Deuda pendiente que una vez saldada les permitiera zafarse -temporalmente al menos- de las obligaciones universitarias y del gusanillo de la conciencia. Tan zarandeado. Aunque no lo confesara, alguno ya había arrojado la toalla en su fuero interno. Otros, ilusos, aún creían que los Reyes Magos les habían traído un regalo en forma de fuerzas renovadas para el estudio: constancia, horario, asistencia a clase, disciplina. Buenos propósitos al fin. Pero nada más que eso. Carbón a la postre. Intenciones a medio gas que duraron lo que una pompa de jabón. La marea bulliciosa de la gran familia



que era el Colegio tiraba de ellos como una resaca. Mil ocasiones para darle juego a los veinte años. De la mañana a la noche. Más bien ésta. Entretanto, el Conquero seguía enchiquerado en su habitación. Ahora con el Álgebra Lineal. Alguien fue a verlo en demanda de apuntes la víspera del examen. Y el prisionero por propia voluntad, con gesto ya de mueca resignada, respondió que tampoco había conseguido dominar el álgebra como él pretendía. De nuevo, había renunciado. La concentración, finita; el pijama -doblado bajo la almohada- ya no era uniforme de trabajo; el flexo apagado. Con aflicción no disimulada dijo querer intentarlo aún con la Química. Tal vez con el Dibujo. Pero su gesto denotaba que había entregado la cuchara. Entonces el visitante le dijo: *Mira, Conquero, déjalo ya. Es la una, vente al bar y nos tomamos una cerveza, que el día está muy bueno.* Y al Conquero se le iluminó la cara como si el sol asomara tras un largo temporal. Se aceptó a sí mismo y al igual que aquel soldado italiano del relato de Malaparte, dejó el fusil en la cuneta de la carretera, escondió la bomba de mano, abandonó a rastras su columna y salió corriendo por el campo, saboreando la primavera que había estallado en las flores, en la fruta en sazón, ansioso del canto de los pájaros, de la libertad en una palabra *¡Qué bella es Italia!*, se dijo. *¡Qué bien se está en el bar!*, pensó El Conquero cuando Rafael, el barman alegre de ojos azules y saltones, le sirvió la espumosa y él se reconoció rendido en la guerra que había librado consigo mismo desde primeros de curso.

Había niñas del Femenino que jugaban al tenis y se ponían una faldita blanca que despertaba los rugidos de los residentes -todos varones- del Séneca. Junto a un Colegio último modelo, recién estrenado, que era el nuestro, el de las Cajas de Ahorros, Névalo y Anzur, mixto, rodeado de césped, rocallas y árboles, moderno al estilo de los mejores campus estadounidenses, el Séneca no era sino una antigualla. Un colegio mayor vetusto que olía a tiempos caducos, anteriores a los nuevos aires de modernidad que se vivían. Masculino a secas, sin lujos ni sofisticación alguna. En suma, un colegio duro donde la exquisitez no tenía asiento. En general, apenas había relaciones entre los colegiales de ambos, pese a ser casi adyacentes. Un muro invisible separaba dos mundos distintos. Pero eso no impedía el desahogo de aquellos mozos verriondos -ventanas como graderío- al ver los shorts blancos y los nikis Fred Perry en la cancha.

Era su forma ruda de participar en aquel espectáculo deportivo y un punto concupiscente. No otra cosa sino una protesta ante el escaparate ofrecido a sus ojos adolescentes de una vida universitaria superior a la suya. Y de la que ellos carecían. Vociferaban ocurrencias siempre libidinosas, algunas con cierto gusto: *Niña, te vas a caer de buena, como las brevas*. Otras eran rutinarias, universales: *Maciza, tía buena*. Pero había algún ingenioso que, en el anonimato de los ventanales, daba rienda suelta a la procacidad de su imaginación: *Oye, que si se os pierden las pelotas yo os presto la mías. ¿Sabes cómo me dicen? el cachalote. ¡Qué lote me daba yo con tus cachas, hija!* Las niñas tenistas del femenino y sus acompañantes, de blanco impoluto, constituían una especie de clase aristocrática en la actividad deportiva del colegio. Y seguían con sus raquetazos, inmunes a los disparos de sal gorda de los reprimidos de la vecindad. Causando envidia involuntaria. A la postre, mientras aquella plebe vocinglera cerraba el mirador con nítida idea de injusticia en las mentes, los nuestros, ya duchados, disfrutaban de una cerveza fría en el bar y comentaban -bien acompañados- los lances del juego. Siempre hubo castas.

Atentamente,

El Fiscal Internacional de Santa Mónica.

[ignaciobenju@gmail.com](mailto:ignaciobenju@gmail.com)